

MUERTE DEL PROFETA JOSÉ SMITH

Material sacado del libro:

Beam, Alex (2014-04-22). *American Crucifixion: The Murder of Joseph Smith and the Fate of the Mormon Church*. PublicAffairs.

DESTRUCCIÓN DEL NAUVOO EXPOSITOR

La iglesia había sufrido la destrucción de una imprenta en Independence, Missouri, después de que se publicó un artículo defendiendo la liberación de los esclavos, una posición popular entre los yanquis del norte. Pero este era el sud, y esas eran palabras belicosas. A pesar de que un artículo subsiguiente trató de decir que los santos no aceptarían a los negros en el estado ni en la Iglesia, la turba enfurecida destruyó la prensa y el edificio de imprenta. Ahora los santos estaban listos para hacer lo mismo que habían sufrido.

En una segunda reunión del concilio de la ciudad se preguntó cómo el pueblo podía sacarse de encima al diario, una molestia más grande que un cadáver. Lo que el lado opuesto quería era formar una turba en contra nuestra y tomar lo que dejamos atrás, como hicieron en Missouri. El alcalde José Smith dijo que la Constitución no autorizaba que la prensa publicara difamaciones, y propuso al consejo que se hicieran provisiones para eliminar al Nauvoo Expositor.

Su primer instinto, invocando a la Constitución de los EEUU, a la cual frecuentemente profesaba lealtad, no ayudó para nada. Las palabras “difamación” y “molestia” no aparecían en ese documento. Hay diez palabras en la Primera Enmienda de la Constitución que gobiernan a la libertad de expresión y de prensa, las más importantes siendo “libertad”. Por lo que con la ayuda del fiscal de la ciudad, George P. Styles, José comenzó a buscar en los libros de derecho, buscando un pretexto para destruir al nocivo periódico.

La constitución de Illinois no ayudó. “Las imprentas deberían ser libres para todas las personas”, leía el estatuto, “y no debería hacerse ninguna ley para restringir tales derechos”.

Pronto el concilio adoptó la siguiente resolución:

Al jefe de policía: “Se le ordena que destruya la imprenta de donde proviene el *Nauvoo Expositor*, y que desparrame los tipos móviles de ese establecimiento de imprenta en la calle, y que queme todos los Expositores y los volantes difamadores que encuentre en ese establecimiento; y si se le presenta resistencia en la ejecución de esta orden por parte de los dueños u otros, que demuela la casa: y si alguien lo amenaza o al alcalde o a los oficiales de la ciudad, arreste a quienes lo amenacen, y no deje de ejecutar esta orden sin tardanza, y regrese después de hacerlo”.

Por orden del concilio de la ciudad,

JOSÉ SMITH, ALCALDE

Aún antes que el concilio se disolviera a las 6:00 de la tarde, el jefe de policía Jonathan Dunham y el mariscal de la ciudad John Greene, con una fuerza de más de mil hombres armados con mosquetes, cuchillos, y pistolas, se reunieron en el edificio de oficinas de los Law en Mulholland Street. Chauncey Higbee y Charles Foster estaban presentes, y no presentaron ninguna resistencia cuando los hombres del alcalde metódicamente destruyeron el interior del nuevo edificio de ladrillos. “Todo fue hecho en perfecto orden”, testificó un Dr. Wakefield en una subsiguiente pesquisa que despejaron a todos de cualquier impropiedad, “tan tranquilamente como la gente se muda en un domingo”.

Cuando Francis Higbee juró en una denuncia acusando a José de incitar a un motín para destruir al Expositor, la corte de Cartage envió al agente de policía David Bettisworth a Nauvoo para arrestar a Smith. Estrategias similares habían fallado en el pasado, y esta también. Un juez de paz local simplemente rechazó la moción de Higbee. “La corte decidió que José Smith había actuado bajo propia autoridad al destruir el establecimiento del Nauvoo Expositor el 10”, leyó la orden; “que ésta era una persecución maliciosa por parte de Francis M. Higbee; y que dicho Higbee pagara los costos de la corte, y que José Smith fuera honorablemente librado de las acusaciones y del mandato, y que por consiguiente se retire sin tardanza”.

INTENTOS DE JUSTICIA

El próximo día, el mismo José, actuando como jefe de la corte municipal de Nauvoo, absolvió a los otros diecisiete hombres acusados de atacar el periódico.

Cuando Bettisworth regresó a Cartage con las manos vacías, la ciudad estaba perpleja. “José ha tratado el mismo truco con demasiada frecuencia”, se quejó un ciudadano. El desafortunado agente de policía viajó a Nauvoo una segunda vez, otra vez tuvo problemas con los jueces mormones, y otra vez perdió. El magistrado local, Daniel Wells, un mormón inactivo pero simpatizante de la iglesia, quien tenía una granja al lado de José, descartó una segunda acusación de incitación a la violencia.

Los mormones continuaron fabricando su propia justicia, y enfureciendo a los antiguos colonos. Setecientos ciudadanos furibundos reclamaron un motín anti mormón, despotricando contra “el profeta loco y sus colaboradores demoníacos”. La palabra “exterminación” hizo su aparición.

Los trescientos anti mormones que se reunieron cerca de Warsaw decidieron que Smith había “violado el más alto privilegio en el gobierno; y buscar reparación en la manera ordinaria sería sumamente inútil”. Había llegado el tiempo de “exterminar a los abominables líderes mormones, los autores de nuestros problemas. . . una guerra de exterminación debía ser iniciada para destruir enteramente, si es necesario para nuestra protección, a sus seguidores”.

Los documentos adoptados en Cartage y Warsaw demandaban que los mormones del condado de Hancock fueran arreados dentro de los límites de la ciudad de Nauvoo y los obligó a entregar al “profeta y a sus seguidores . . . Si no se rendían, comenzaría una guerra de exterminación”. Cada hombre en el condado debía “cada uno armarse y equiparse inmediatamente”. La segunda Guerra Mormona había comenzado.

SEGUNDA GUERRA MORMONA

Más tarde ese mismo día, José apeló por segunda vez durante la crisis al gobernador Thomas Ford. La semana previa Smith había orquestado una campaña en la que santos prominentes escribieron cartas entreteniéndolo al ex juez con argumentos legales para justificar el asalto al Expositor. Ford nunca respondió. Smith envió otra carta, con un mensajero, alertando a Ford que “se está haciendo un intento energético por parte de algunos ciudadanos en éste y en los condados circundantes para echar y exterminar a ‘los santos’ a fuerza de armas”. Smith imploró a Ford que “viniera en persona con su personal e investigara el asunto entero sin tardanza, y que restaurara la paz en el país”. José ofreció que Ford estuviera en comando de la Legión de Nauvoo “para acallar cualquier insurrección y apoyar la dignidad del bienestar común”.

La carta terminaba con “me mantengo, señor, el amigo de la paz, y el humilde servidor de su Excelencia, JOSÉ SMITH.

En el pueblo vecino de Warsaw, el feroz enemigo de José, Thomas Sharp, estaba llenando su periódico con reportes igualmente inquietantes. Sharp insistía que Hyrum Smith había amenazado su vida y que había planeado marchar hacia Warsaw y saquear el Signal de la misma manera en que habían destruido el Expositor. “Un rumor está flotando de que los mormones derritieron los tipos móviles de la oficina del Expositor y las convirtieron en balas. Hemos escuchado que Joe ordenó a sus seguidores que vayan a Nauvoo. Las colonias de aquí están saliendo para obedecer la orden”.

George Rockwell, un anti mormón dedicado y erudito, explicó cómo dejó su negocio en las manos de sus empleados para hacer una campaña de tiempo completo contra los santos del condado de Hancock. Escribiendo desde Alton, a unas setenta y cinco millas sur de Cartage, Rockwell le dijo a su padre que había pasado varias noches sin poder dormir cabalgando a condados vecinos para reclutar brigadas militares anti mormonas. Rockwell llevaba una orden de requisición firmada por el Gobernador Ford, instruyendo al arsenal de Alton a que enviara todos sus mosquetes y cañones estatales a Warsaw, donde varios cientos de hombres estaban intentando marchar al norte e invadir Nauvoo. Con las fuerzas reuniéndose en Cartage y Warsaw, Rockwell predijo que “los mormones van a ser expulsados” en unas pocas semanas.

Río arriba, José estaba preparando a Nauvoo para la Guerra. La Legión practicó todas las mañanas a las 8:00 a.m. y se mantuvo en alerta hasta la siguiente tarde.

Encima del marco de madera de la barbería y pensión sin terminar que estaba siendo construida para Porter Rockwell, bajo un sol brillante y cielo azul, José dio uno de sus más magníficos discursos, una auto justificación y estimulante llamado a las armas de noventa minutos.

“Nunca violamos las leyes de nuestro país”, comenzó.

Somos ciudadanos Americanos. Vivimos sobre un suelo por cuyas libertades nuestros padres arriesgaron sus vidas y derramaron su sangre sobre el campo de batalla. Esos derechos ganados tan queridamente no serán pisoteados de manera tan vergonzosa bajo el pie de nuestros ilícitos saqueadores sin al menos un esfuerzo noble de nuestra parte para mantener nuestras libertades

“¿Se mantendrán a mi lado hasta la muerte”, gritó, “y perseverarán hasta el peligro de sus vidas, las leyes de nuestro país, y las libertades y privilegios con los que nuestros padres nos las han transmitido, selladas con su sagrada sangre?” “¡Sí!”, gritaron en respuesta los soldados, y cientos de ciudadanos que los rodeaban”.

El gobernador oyó a los emisarios de los Smith e inmediatamente citó a José y a otros miembros del concilio de la ciudad a Cartage para ser juzgados. “Su conducta en la destrucción de la imprenta fue una atrocidad contra las leyes y las libertades de la gente”, escribió Ford. “Tal vez haya estado llena de difamaciones, pero esto no los autorizó para destruirlo”. Agregó lastimeramente que “hay muchos periódicos en el estado que me han estado maltratando injustamente por más de un año”, pero Ford insistió que derramaría “hasta mi última gota de sangre para proteger a esas imprentas de cualquier violencia ilegal”.

“El condado entero se siente indignado”, escribió Ford, “y una gran cantidad de gente está ansiosa de tomar este asunto en sus propias manos”. Si Smith rehusaba a rendirse voluntariamente, escribió Ford, autorizaría a las milicias y a las proto milicias a que se reunieran en Cartage para atraparlo.

JOSÉ ESCAPA

De repente, José tuvo una idea. Dijo que todo lo que Ford y las turbas de Cartage querían era atraparlo y a Hyrum. Por lo que dismantelarían a la Legión y restaurarían a Nauvoo a su estado pacífico. Estaba seguro que vendrían a buscarlo, pero “dejen que me busquen. Vamos a cruzar el río esta noche, y vamos a irnos al oeste”.

Una vez que la decisión fue tomada, Hyrum salió de la mansión y apretó la mano de Cahoon. “Una compañía de hombres están buscando matar a mi hermano José, y el Señor le ha advertido que huya a las Montañas Rocosas para salvar su vida”, dijo Hyrum. “Adiós, Hermano Cahoon, nos veremos otra vez”.

Detrás de él vino un callado y lloroso José, con un pañuelo y lágrimas rodando por su cara. Su último viaje había comenzado.

Mientras los cuatro hombres batallaban las corrientes del salvaje Misisipi, el rumor de la huida de José se extendió rápidamente por Nauvoo. A medida que los rumores de una inminente invasión desde Cartage se expandieron, los santos, sin su líder, entraron en pánico. “Algunos fueron probados casi hasta la muerte al pensar que José los abandonaría en su momento de peligro”, escribió Vilate Kimball a su esposo Heber, “[José y Hyrum] rindiéndose es lo único que salvará a nuestra ciudad de la destrucción”. Un debate feroz se desató entre los íntimos de José.

Wasson le dio a José una carta de Emma. “Ford te protegerá. Por favor vuelve”.

Cahoon reafirmó los puntos de Emma en la carta. “Siempre dijiste que si la iglesia permanecía contigo, tu permanecerías con la iglesia, ahora que hay problemas, eres el primero en correr”, dijo. “Cuando el pastor abandona a las ovejas, ¿quién se asegurará que los lobos no las devoren?” Kimball y Wasson acusaron a José de cobardía, quejándose que sus propiedades serían destruidas como resultado.

“Si mi vida no es de valor para mis amigos, no me vale nada a mí”, dijo José. Entonces le dijo a su amigo Rockwell, posiblemente su seguidor más leal, y seguramente el más ferviente. “¿Qué debo hacer?”

“Tú eres el mayor, y debes saber más”, respondió Rockwell. “Como hagas la cama, me acuesto contigo”

José entonces le preguntó a Hyrum, “Hermano Hyrum, tú eres el mayor. ¿Qué debo hacer?”

Aparentemente influenciado por la carta de Emma y por los ruegos de los aterrorizados santos, Hyrum sugirió regresar a Nauvoo. “Regresemos y nos entreguemos, y veamos qué pasa. Regresemos y pongamos nuestra confianza en Dios, y no seremos heridos. El Señor está en esto. Si vivimos o debemos morir, estaremos reconciliados con nuestro destino”.

José pensó por un momento, y respondió, “Si vas a regresar, yo iré contigo. Pero seremos asesinados

JOSÉ REGRESA

José envió una carta a Ford: “mis co-demandados y yo estamos yendo a Cartage, como usted nos pidió”. José propuso reunirse con el grupo de Ford el siguiente día, lunes 24 de junio en Mound, un acantilado a seis millas al este de Nauvoo. José también alertó a sus abogados que recibiría acusaciones en Cartage al día siguiente.

José pasó la noche en la mansión, con Emma y sus cuatro hijos: su hija adoptada de trece años Julia; Frederick, el hijo de ocho años; Alexander, de seis; y su mayor, José Smith III, de once. De adulto, el joven José recordó que su padre lo llamó a uno de los cuartos de recepción de la mansión y lo bendijo en frente de la familia: “Si algo me pasa, sabes que serás mi sucesor. Éste, mi hijo, ha sido bendecido y apartado, y con el tiempo será mi sucesor”.

La siguiente mañana, José le dijo a su familia, “Voy como un cordero al matadero, pero si mi muerte me expiará de cualquier culpa que haya cometido durante mi vida, estoy dispuesto a morir”. A las 6:30 salió de la mansión y besó a cada uno de sus hijos. Varios cientos de santos, incluyendo a su llorosa madre, ya entrada en años, se habían reunido fuera de la mansión para despedirse.

En su camino al este, el grupo se encontró con una compañía montada de sesenta disciplinados Dragoons del condado de McDonouth en su camino a Nauvoo. Su comandante, el Capitán James Dunn, detuvo a José, y explicó que el gobernador Ford le había ordenado que reclamara las armas en posesión de la Legión de Nauvoo: tres cañones y unos doscientos cincuenta mosquetes. El nuevo apóstata Wilson Law, ex comandante de la Legión, le había dicho a Ford exactamente cuántas armas debía reclamar. Probablemente sabía que los santos tenían muchas más armas de su propiedad, pero esas armas no estaban a la apropiación por parte del gobierno. José consintió, y él y Dunn coincidieron en que la devolución iría mejor si el profeta mismo estaba presente.

Ford citó a las milicias de los Grey en Cartage y a la del condado de McDonough a que se reunieran en frente de la corte de Cartage la próxima mañana para “encontrarse” con José y Hyrum Smith. Es dudoso que las tropas hubieran tenido deseos de reunirse con el profeta y su hermano. Más probable es que querían ver sus caras para poder reconocerlos en una multitud, en caso de una batalla, un melé, o un linchamiento. Ford guio a los hermanos Smith desde la casa de los Hamilton, presentándolos como “generales”, los títulos que reclamaban como líderes de la Legión de Nauvoo. Esto no le cayó bien a las milicias, quienes consideraban que los títulos eran fraudulentos. José había sido rengo desde la desgarradora operación que sufrió en su juventud y nunca pudo servir en una milicia o ejército regular. Incluso si estuviera completamente sano, su estatus religioso lo hubiera exonerado de cualquier servicio militar. Su apariencia casi provocó un motín entre los excitables Grey. La milicia rodeo a José y a su pequeño grupo, tirando sus sombreros al aire y desenvainando sus espadas. Maldijeron a “los malditos mormones” una y otra vez.

Durante la tarde, los Smith y los diecisiete codemandados acusados de destruir el Nauvoo Expositor se encontraron con el hombre que decidiría su destino: Robert F. Smith, juez de paz y capitán de los inquietos Grey, el mismo hombre que había guiado el motín de los Grey en la ciudad. Smith era un verdadero odiador de mormones y un miembro fundador de un “comité por correspondencia” formado el año anterior para sacarse de encima a los mormones del condado de Hancock, por la fuerza de ser necesario. Este era el mismo Robert Smith que firmó un cheque garantizando parte de la nefasta compra del barco a vapor de José, el cual los llevó a ambos a la bancarrota.

El Juez Smith comenzó a interpretar la ley como quería. Estuvo de acuerdo con liberar a todos los acusados bajo una fianza, la cual fue determinada al extremadamente alto precio de \$500 cada uno. John Fullmer, un oficial en la Legión de Nauvoo, quien había seguido a los Smith a Cartage, notó que la fianza era más del doble de lo que costaba una multa por la misma ofensa si los acusados hubieran sido encontrados culpables. “Era evidente que el magistrado intentaba dejar a la pila de hermanos sin recursos, para mantenerlos en la cárcel por falta de fianza”, notó. Pero Fullmer y muchos de los otros mormones presentes ofrecieron sus propiedades como garantía, y todos los acusados fueron liberados

Con dos excepciones. Más temprano ese mismo día, los apóstatas mormones Augustine Spencer y Henry Norton habían presentado declaración acusando a José y a Hyrum de traición por establecer ley marcial en Nauvoo. El capitán de los Grey dijo que era demasiado tarde en el día como para argumentar las acusaciones. El abogado de José, Woods, insistió que Smith necesitaba orden de arresto, firmada por un juez de paz, para enviar a sus clientes a la cárcel. Justo tengo una, dijo Smith, quien también era un juez de paz, y sacó el documento de su bolsillo.

José objeccionó a tales “procedimientos flagrantes, ilegales, y tiránicos” sin ningún resultado.

EN LA CÁRCEL DE CÁRTAGE

Ahora Smith no estaba visitando Cartage para comparecer ante el juez, quedándose en el hotel de Hamilton. Ahora él y su hermano estaban en la cárcel por traición

A diferencia de los otros cargos contra los Smith, la traición no tenía opción de fianza. Por lo que los dos hermanos caminaron las dos cuadras y media a la cárcel de Cartage, a través de la turba armada y borracha, y en medio de los excitados Grey.

El Gobernador Ford los acompañó hasta su celda, y antes de retirarse, José le dijo, “Gobernador Ford, confío en que nos protegerá”.

“Y tendrá protección, General Smith”, respondió Ford. “Sin embargo, no anticipo ningún peligro. Creo que están perfectamente a salvo aquí como en cualquier otro lugar”.

Geddes después dijo que Ford alivió su frustración con el profeta después de que los dos hombres se reunieron en la cárcel y mientras se dirigía al centro de la ciudad. “¡Es todo tonterías!” exclamó Ford. ¡Todavía van a tener que sacarse de encima a estos mormones!”

“Si tratamos de hacerlo, gobernador, cuando el propio momento se presente, ¿interferirá?”

“No, no lo haré”, dijo Ford, y agregó después de una pausa: “Hasta que terminen”.

Antes de cenar, el tío de José, John Smith, vino a visitar a los hermanos en la cárcel, habiendo viajado más de 150 millas desde Macedonia, Illinois.

Cuando John Fullmer regresó a la cárcel para pasar la noche con sus amigos, los guardias le revisaron los bolsillos del sobretodo, pero no revisaron sus botas. Fullmer metió una pequeña pistola de un solo tiro y se la dio a Hyrum.

Ford estaba saliendo para Nauvoo, como fue anunciado, pero decidió ir sin José. Ford insistió que había tomado medidas para garantizar la seguridad de José en Cartage y para apaciguar las tensiones.

Jones se acercó a Ford cuando estaba terminando su concilio de guerra y preparándose para ir a Nauvoo y le dijo que tenía pruebas de que la vida de los prisioneros estaba en peligro. “Está innecesariamente alarmado por la seguridad de sus amigos”, respondió el gobernador. “La gente no es tan cruel”.

Sorprendido por la inocencia de Ford, Jones le recordó al gobernador que había garantizado la seguridad de los mormones. “También son maestros masones”, agregó Jones, “y como tales, le pido que proteja sus vidas”.

Alguien presente reportó que Ford, un maestro masón, se puso pálido.

“Si no hace esto, tengo otro deseo”, dijo Jones.

“¿Y qué es, señor?”

“Que el Todopoderoso preserve mi vida hasta el propio tiempo y lugar en el que pueda testificar que usted ha sido advertido de su peligro”.

“Sus amigos serán protegidos, y tendrán un juicio justo por la ley”, le aseguró Ford. “En esta promesa no estoy solo; he obtenido la palabra de todo el ejercito que me apoya”.

Cyrus Wheelock ganó entrada a la residencia de José, y los guardias se olvidaron de revisar su pesado sobretodo cuando entró. Como Fullmer la noche anterior, llevaba consigo un arma, esta vez un pequeño revolver de seis tiros conocido como un pepperbox. Disimuladamente puso el arma en el bolsillo de José.

EL ASESINATO

Después de comer, Richards se sintió indispuerto, y José le pidió a Markham que le trajera una pipa y un poco de tabaco para aliviar el estómago de su amigo. Markham se fue de la cárcel, pidió prestada

una pipa de otro mormón no tradicional, el sheriff local, Jacob Backenstos, y compró tabaco en una tienda cercana.

Ahora los cuatro prisioneros mormones estaban solos, “nuestros espíritus solemnes y pesados”, escribió John Taylor. La prisión de piedra era opresivamente calurosa en la tarde. Aún con todas las ventanas abiertas, y vestidos en sus camisas y pantalones de ropa interior, los mormones estaban sofocados. Los cuatro hombres les dieron a los guardias un dólar y les pidieron que fueran a comprar vino “para revivirnos”. El hombre regresó pronto con vino, tabaco, y unas pipas. Los cuatro prisioneros bebieron de la botella y compartieron el resto del vino con sus carceleros.

El vino tuvo el efecto opuesto al esperado; “Nos sentimos inusualmente sosos y lánguidos, con una excepcional depresión de nuestros espíritus”, recordó Taylor. En un desesperado intento de levantar sus ánimos, Hyrum sugirió que Taylor, quien tenía una hermosa voz, cantara el popular himno folklórico “Un pobre forastero”.

Taylor, sentado al lado de la ventana abierta orientada hacia el oeste, dijo que vio algo; una banda de hombres, sus caras pintadas, salieron del bosque y cabalgaron hacia la cárcel. Entonces, los Smith y Richards oyeron un clamor debajo de las escaleras.

William Hamilton, de catorce años, parte de los Grey de Cartage, fue el primero en observar a los irregulares acercándose al bosque por el camino de Warsaw. Los hombres se habían pintado la cara con barro y con pólvora, y algunos llevaron sus abrigos al revés. Aun así, Hamilton reconoció que eran la milicia de Warsaw. El muchacho trató de alertar a los Greys, pero el Capitán Robert Smith no podía ser encontrado por ninguna parte.

Eudocia Baldwin, cuyos hermanos estaban sirviendo en la milicia de los Grey (uno recientemente se había unido a la guardia de seis hombres cuidando la cárcel) reportó que los Grey o estaban dormidos, en desorden, o ambas cosas. Baldwin y otros residentes de Cartage entraron en pánico, asumiendo que una fuerza mormona llamada los “danitas” había invadido Cartage para liberar a José y vengarse contra sus perseguidores. Robert Smith y su teniente Samuel Williams finalmente movilizaron a sus hombres en una tormenta de gritos e insultos. “Vamos, cobardes. Malditos, ¡vamos!” Baldwin los oyó gritar, “Esos muchachos van a ser asesinados”.

Mientras que los Gray trataban de preparar sus fusiles y cartucheras, los irregulares habían llegado a la cárcel. El carcelero Stigall y la guardia de Worrell no ofrecieron ninguna resistencia. Una bala silbó en la cocina de la señora Stigall, donde estaba horneando pan.

La irritada milicia de Warsaw subió la escalera hacia la sala donde los mormones se habían reunido, disparando sus armas mientras subían.

El esfuerzo de Dan Jones de hacer un pestillo improvisado para la puerta del segundo piso había fracasado. No podía ser cerrada. Richards y Hyrum Smith se lanzaron contra la puerta para impedir la entrada de la multitud, pero las balas empezaron a aparecer a través de la débil madera. El segundo disparo entró en el cráneo de Hyrum al lado izquierdo de la nariz. Al mismo tiempo, una bala de mosquete disparada desde el suelo a través de una de las ventanas abiertas golpeó a Hyrum en la parte posterior. Cayó hacia atrás, exclamando: "Soy un hombre muerto". Su cuerpo sin vida yacía en el centro de la pista, la sangre brotando de sus heridas.

Joseph y John Taylor corrieron hacia la puerta. Willard Richards se había posicionado detrás de las bisagras, tratando de empujar la puerta para cerrarla. José sacó su revólver y comenzó a disparar a través de la estrecha abertura entre la puerta y el marco. Tres de las balas dispararon, y José se aseguró que sus tiros contaran. Hirió a tres asaltantes en la escalera, una en el brazo, uno en el hombro, y otro en la cara. Cuando Smith no estaba disparando, Taylor estaba sacudiendo el bastón de Markham para derribar las bayonetas y mosquetes que se asomaban por la grieta de la puerta.

Pero pronto José se quedó sin balas. No había logrado apoderarse de la pistola de Hyrum, por lo que ahora los mormones estaban luchando contra sus enemigos bien armados con nada más que sus puños y dos bastones.

"Sin duda fue una terrible escena", recordó Taylor.

"Olas de balazos tan gruesas como mi brazo pasaron a mi lado mientras esos hombres disparaban y, desarmados como estábamos, parecía que sufriríamos una muerte segura. . . Sin duda era menos que agradable estar tan cerca de las bocas de esas armas de fuego, ya que escupían llamas líquidas y balas mortales.

"Mientras estaba ocupado en detener las armas [que se asomaban por la puerta], el hermano José dijo: 'Así es, hermano Taylor, péguelos tan bien como pueda.'

"Esas fueron las últimas palabras que le oí hablar en la tierra."

A medida que el populacho empujaba desde las escaleras, más barriles de mosquete asomaban por la puerta. Pronto los asesinos invadieron la habitación. Taylor salió corriendo hacia una ventana abierta en el lado norte de la cárcel, con la esperanza de que una milicia, o incluso la Legión de Nauvoo, hubieran llegado a ayudar a los mormones. Pensó en saltar los quince pies (cuatro metros y medio) hasta el suelo, pero vio la cárcel rodeada solamente por los carapintadas de Warsaw gritando insultos contra los mormones. Una bala disparada desde la puerta entró en su muslo y se aplastó contra el hueso. Una segunda bala lo tiró al suelo.

Una vez que estuvo en el piso, Taylor rodó debajo de la cama para mayor seguridad. La turba le disparó dos balas más, “cortando un trozo de carne de su cadera izquierda grande como una mano”, informó Richards. Taylor fue dejado por muerto; su reloj se detuvo a las 17:16.

Esperando obtener seguridad de manera desesperada, José Smith se acercó a Taylor en la ventana, planeando saltar. Un atacante llamado Gallagher le disparó en la espalda desde el pasillo, y disparos desde el piso le dieron a José en el pecho y la espalda. Smith cayó por la ventana, gritando “Oh Señor, mi Dios”, las primeras palabras del grito masónico de ayuda, “Oh Señor mi Dios, ¿no hay ayuda para el hijo de la viuda?” Su cuerpo cayó cerca de un borde de madera alrededor de un aljibe”.

No hubo piedad para el hijo de la viuda Lucy Mack. El atacante William Voorhis tomó el cuerpo de Smith y lo apoyó contra el aljibe, y expuso el pecho sangrante de José a la turba enojada.

“Tú eres el maldito viejo cacique”, se burló Voorhis al cuerpo medio muerto de José Smith, “¡Ahora ve a ver a tus esposas espirituales en el infierno!” Voorhis se movió al costado y vio a un grupo de sus camaradas disparar más rondas de balazos en el cuerpo inerte de José”.

En la madrugada del viernes, 28 de junio, Porter Rockwell galopó por entre las calles de Nauvoo gritando las palabras aterradoras a todo volumen, despertando a todos los que pudieran oírlo: “¡José fue asesinado! ¡Dios los maldiga! ¡Lo han matado!”.

Mezclado con un sentimiento de tristeza y desesperación había una sed de venganza. Cuando Porter Rockwell entró al hogar de William Clayton en las horas tempranas del 28 de junio para reportar los asesinatos, Clayton rápidamente escribió una oración de venganza “sobre los asesinos de los sirvientes para que sean borrados de la tierra”. Virtualmente en el mismo momento, Wilford Woodruff, un futuro presidente de la iglesia, dijo una oración pidiendo venganza sobre “la gentil nación americana, sobre todas las cabezas de la nación y de los estados que han ayudado o perpetuado el horrible hecho”.

Mosiah Hancock, en ese entonces de diez años de edad, recordó cómo su padre Levi lo llevó a donde José y Hyrum estaban echados. Levi “me dijo que pusiera una mano sobre el pecho de José y que levantara mi otra mano y jurara que nunca haría compromisos con cualquier otro hijo del infierno, y lo juré con determinación de cumplir hasta la última letra”.

El muchacho entonces puso su mano izquierda sobre el pecho de Hyrum y repitió el juramento.

“Sus cadáveres . . . me dieron un sentimiento tal que no puedo describir”, Allen Stout, uno de los guardaespaldas de José, escribió en su diario personal

“Decidí en ese momento y en ese lugar en mi mente que nunca dejaría pasar una oportunidad de vengar su sangre contra los enemigos de la Iglesia de Jesucristo. . . cuando veo a uno de los hombres que los persuadieron a que no tuvieran un juicio justo, siento ganas de cortarles la garganta.

“Y espero vivir para vengar su sangre, pero si no, les enseñaré a mis hijos a que nunca dejen de tratar de vengar su sangre y a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación mientras haya un descendiente de los asesinos sobre la tierra”.

El siguiente año, el presidente Brigham Young incorporó el “juramento de venganza” al sagrado ritual de investiduras administrado a todos los santos fieles en el templo de Nauvoo:

“Usted y cada uno de ustedes hacen convenio y prometen que van a orar y nunca cesarán de orar al Dios Todopoderoso para que venga la sangre de los profetas sobre esta nación, y que enseñarán lo mismo a sus hijos y a los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación”.

El juramento de venganza debía mantenerse en secreto bajo pena de muerte. “Si alguno de ustedes traiciona, por supuesto que son traidores, y deben esperar las penalidades enforzadas”, un líder de la iglesia explicó dentro del templo. “Yo no cortaré sus gargantas, pero oren que Dios intervenga para que corten sus gargantas” (para que así puedan expiar por sus propios pecados, por supuesto).

El juramento se mantuvo en el ritual de investiduras mormón hasta 1927.

EPÍLOGO

Durante el juicio a los asesinos de José, el testigo más sensacional fue William Daniels, de 22 años, un tonelero y reciente converso mormón que dijo haber visto y oído todos los detalles de la conspiración de asesinar a José Smith. Daniels supuestamente recordó los eventos del previo junio como si hubieran pasado el día anterior. Daniels insistió que el fallecido José Smith se le había aparecido en una visión y lo había llevado a la cima de una montaña. Allí, el profeta ofreció al impresionante muchacho un “vaso de agua clara y fría”, lo bendijo y le rogó que dijera a todos sus conocidos lo que sabía sobre los asesinatos. Daniels tenía tanta confianza en su historia que había impreso un panfleto, “Recuento correcto del asesinato del General José Smith y Hyrum Smith en Cartage, el 27 de junio de 1844” y comenzó a vender copias dos semanas antes del juicio a 25 centavos cada una.

Daniels dijo que había salido de Warsaw con las milicias y había estado presente en la funesta reunión cerca de Golden’s Point. En el panfleto, también agregó algunos detalles selectos sobre la escena en la cárcel. Escribió que José había matado a uno de los atacantes, y que el acusado Levi Williams dirigió el asalto encima de su caballo. “¡Rápido!” Gritó Williams, “¡No hay peligro, muchachos; todo está bien!” Cuando el herido José cayó de la ventana de la prisión, Daniels recordó a Williams avivando el antagonismo: “¡Disparen! ¡Dios lo maldiga! ¡Disparen al maldito bribón!”

Pero Daniels había guardado su más fantástica narrativa para el final. Dijo que un joven había levantado el cuerpo postrado de José del suelo y lo apoyó contra un muro de madera que rodeaba el aljibe de la prisión. El rufián, “descalzo y pelado, sin abrigo, con sus pantalones levantados encima de las rodillas, y sin camisa sobre sus codos”, murmuró: “Éste es el viejo Jo, yo lo conozco. Te conozco, viejo Jo. Maldito; eres el hombre que hizo que le dispararan a mi papá.” Supuestamente el “salvaje” era el hijo del gobernador Lilburn Boggs, de Missouri, el blanco del intento de asesinato de Porter Rockwell.

Pero Daniels sólo se estaba precalentando.

Con el cuerpo de José apoyado contra la pared del aljibe, Levi Williams supuestamente reunió a cuatro hombres para dispararle al prisionero a quemarropa. Mientras que los atacantes prepararon sus mosquetes y los levantaron. Los ojos del Presidente Smith se reposaron sobre ellos con una calma y silenciosa resignación. No demostró sentimientos de agitación y las expresiones de su rostro parecieron presagiar que su única oración era “Oh, Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Los atacantes dispararon, y el cuerpo de José se cayó hacia adelante.

De repente, el rufián regresó a la escena, armado con un cuchillo. Levantó su brazo con toda la intención de cortar la cabeza de José, cuando una luz, repentina y poderosa, emergió de los cielos sobre la sangrienta escena (pasando sus vívidas cadenas entre José y sus asesinos), quienes fueron golpeados con un terrible asombro y llenados de consternación. Esta luz, en su apariencia y potencia, confundió todo poder de descripción.

La luz engeguecedora detuvo la mano que llevaba el cuchillo. Los soldados tiraron sus mosquetes “y se depararon sin moverse como estatuas de mármol, sin el poder de mover ni sus cuerpos ni una sola extremidad”.

En su narración escrita, Daniels dijo que la iluminación milagrosa lo había convertido al mormonismo, lo cual causó la visita de José Smith en la cima de la montaña.

Una segunda historia de una luz milagrosa apareció en el diario de Mary Rollins Lightner, una de las esposas plurales de José Smith. Lightner reportó haber visto a muchos paramilitares que regresaban de Cartage el día después del asesinato de Smith: “Nos dijeron que los Smith fueron asesinados y que una luz apareció después de su muerte. Yo dije que eso probaría que José era un verdadero profeta de Dios. Oh, no, dijo uno. Sólo demuestra que Dios está complacido con los que lo mataron.”

Franklin Worrell, quien hizo guardia en la cárcel de Cartage profesó estar enfurecido por la elección de Backenstos. “Estoy enojado, enojado”, escribió Worrell al diario de Mississipi, “sí, enojado como el diablo. Maldito grupo de malhechores que tenemos en este condado”.

Bajo amenaza de violencia en su hogar en Cartage, Backenstos decidió mudarse con su familia a Nauvoo. A mediados de septiembre, el sheriff se fue de la ciudad en un carro y se dio cuenta que una pequeña banda de hombres armados los estaba persiguiendo. Después de pasar la noche en Warsaw, yendo al norte en el Camino del Noroeste, vio a Worrell y a otros siete hombres armados persiguiéndolo a caballo, con un vagón lleno de rifles detrás. Cerca de Golden's Point, Backenstos se acercó a dos mormones, Return Jackson Redden y Orrin Porter Rockwell, quienes estaban ayudando a una familia de santos agotados a mudarse a Nauvoo. Con sus perseguidores a unos 150 metros detrás de él, Backenstos gritó pidiendo ayuda. Rockwell galopó a su ayuda, y Backenstos ordenó a sus perseguidores que se detuvieran. Ellos continuaron cabalgando hacia él. El sheriff ordenó a Rockwell a que disparara, y el amigo de la niñez de José Smith levantó su rifle y le dio a Worrell directamente en el pecho, catapultándolo cuatro metros de su cabalgadura al piso.

Al escuchar los disparos, Jacob Baum, un granjero mormón, corrió para ver lo que estaba pasando en su propiedad.

“Lo agarré”, dijo Rockwell.

“¿Agarraste a quién?”

“A Worrell. Temía que mi rifle no lo iba a alcanzar, pero sí lo hizo, gracias a Dios”.

Los aterrorizados atacantes tiraron de las riendas, subieron al cadáver de Worrell al vagón, y volvieron a Cartage.

La oración de los santos había sido respondida.

Backenstos y Rockwell fueron acusados del asesinato de Worrell, el cual sucedió en pleno día. Ambos fueron absueltos.